

es como una bandera que les lleva, magnetizadas de poesía, a la revolución.

Luego vienen los luchadores, los soldados; más tarde, los políticos, los economistas, los guías del nuevo Estado. La palabra inicial debe decirla el poeta.

Y cuando su pueblo sufre hambres de amor y de justicia, el poeta de corazón es siempre revolucionario, y la patria de los poetas es la Humanidad y la Tierra. Por un excelso romanticismo de poeta, Byron fué a Grecia, y Espronceda se batió por Polonia en las barricadas.

Quizá este poeta no existe aun entre nosotros; pero debe surgir de un momento a otro, como el verbo de la conciencia colectiva. Preparaos entonces para saber oírle y comprenderle.

El espectáculo de la vida social de estos tiempos es harto macerante para un corazón de poeta. Verá como hay hartos y hay miserables que carecen hasta de un pedazo de tierra para morir; verá en las noches de invierno racimos humanos en los quicios de las puertas. Verá niños mendigos tatuados por el horror de vivir, ancianos abandonados por la crueldad social después de toda una vida laboriosa. Verá un *pandemonium* horrible que le estrangulará de pena el corazón. El egoísmo, la avaricia, el mercantilismo pasarán ante sus ojos con aire de cosa legal. Se hundirá en un abismo de amargas paradojas, de viceversas crueles; tendrá la sensación de que vive en un inmenso manicomio donde hay unos locos trágicos que se llaman jueces, verdugos, y otros polichinelas, fríos de alma, que lanzan rebaños de hombres a crueles y absurdas epopéyas. Verá que en una sociedad cristiana hay criaturas que pueden morir de hambre en el arroyo, sin que esto, que es horrendo, produzca un alarido de dolor en la conciencia colectiva. Verá todo esto y mucho más, y su generosidad de poeta le hará gritar en versos como fulminaciones, que la vida no debe ser así.

Y sus versos prepararán el alma española, el alma del mundo para una luminosa revolución.

No olvidéis que la palabra del poeta es la voz del futuro, iluminada y apostólica, con resplandores de ideal.

E. CARRÈRE.

Caballeresca

Yo no tengo la culpa de querer como quiero.

En mí existe un Oteló vengador y salvaje,
orgullosa y altivo, que castiga el ultraje
con sonrisas que cortan como el más fino acero.

En mi amor pongo el timbre del mejor caballero,
y a mi dama le rindo puro y fiel vasallaje.

Si sus manos me hieren, pongo a mi alma un vendaje,
y al vendarla sonrío como un hombre sincero.

Más ¡ay! de aquel que intentó manchar a mi dama,
o avivar mis heridas con la estúpida llama
que en los pechos encienden las intrigas sociales.

Pues si yo de mis propias desventuras me río,
por mi amor, por mi dama, por su nombre y el mío,
las injurias castigo sin manchar mis puñales!

ENRIQUE GEENZIER.

¿Pasión? En nuestra época la pasión no alcanza esas latitudes, descontados los pequeños Otelos, ridículos siempre y odiosos no pocas veces. Y aun en esas explosiones coléricas, veo el furor del comerciante engañado, la cólera del aliado que se ve traicionado. La mujer quiere libertad, quiere su vida o sus bienes, y el marido, el comprador, el propietario, niega libertad y bienes. Si la víctima calla, sigue su curso el matrimonio; si protesta, un balazo es el epílogo.

El amor, la pasión, pueden vivir hasta en el matrimonio; pero cuando la repulsión o el odio echan sus raíces, el matrimonio no es más que cuestión de amo y esclava.

¿Furor de amante? No; violencia de propietario lesionado que toma venganza.

MADAME SÉVERINE.

Para las malas lenguas

Los maldicientes, los decidores, los murmuradores, los calumniadores, con estar todo el día sorprendiendo acciones ajenas, echan a perder las suyas. Sucédeles lo que a los que barren las calles, las dejan limpias, sin polvo y sin lodo; pero ellos quedan sucios de lodo y de polvo. Quien murmura de las acciones de otro, le obliga las más de las veces a que se enmiende, y mientras que el murmurado queda limpio, el murmurador cobra fama de mal hablado. ¿No es esto barrer para llenarse de polvo?

VICTOR BALAGUER.

Los necios son todos los insensibles a la belleza. *Sócrates.*